

“ COMO LAS LIANAS ”

DRAMA ORIGINAL DE: IGNACIO CRISTOBAL MERINO LANZILOTTI

México, D. F., 1960

Para María del Carmen Millán

PERSONAJES

Una Sombra.

Don Manuel: Jefe de familia. Edad: cincuenta años.

Dolores: Segunda mujer de don Manuel y madrastra de Angélica, Manolo y Fernando.

Angélica: Hija de don Manuel. Edad: diecinueve años.

Luisa: Hermana de la primera mujer de don Manuel. Edad madura.

Manolo: Primer hijo de don Manuel. Edad: veinte años.

Fernando: Hijo de don Manuel. Edad: diecisiete años.

Una sala amplia en una casa de estilo francés, lujosamente amueblada; cortinajes, espejos, cuadros y candelabros elegantes completan el elegante aspecto de la sala. Una vistosa araña cuelga en el centro del salón.

En el extremo derecho, lados del público, hay una escalera de mármol con alfombra en el centro. En la parte alta está el mezzanine en el que se ven las puertas de las recámaras, dos de ellas son funcionales, la del extremo izquierdo y la del centro. En el proscenio se supone una chimenea de la cual sólo vemos la base, como si el resto hubiera sido quitado para dar cabida al público. La estancia se alumbra por un tragaluz que hay en el techo. Se nota recortada, dando la impresión de que fue separada una parte de la casa. Los bordes son irregulares y las dos puertas laterales del primer plano no aparecen, quedando únicamente los marcos. Hay una balaustrada que rodea el borde del mezzanine y la escalera rematada al final por un pedestal con una pequeña estatua de mármol que representa "El incendio de Borgo" (escultura original de Bernini).

Al fondo está una puerta de cristales que da salida al jardín de la casa; en el extremo izquierdo, primer plano, se halla la salida principal. En el lado derecho se ve la entrada que da al despacho y al interior de la casa.

ACTO PRIMERO

ESCENA 1

INVIERNO

Al empezar la acción suenan agudamente las campanadas de un reloj de la iglesia cercana, que da las diez de la noche. El jardín de la casa está iluminado por un pequeño farol que se apaga de pronto y deja a la escena únicamente con la tenue luz que se filtra por el ventanal blanco situado al lado de la escalera. Una mujer vestida con traje de invierno, de la cual vemos solamente la sombra, camina cabizbaja por el mezzanine y desciende seguidamente por la escalera hasta el primer plano donde, tosiendo, se detiene un instante. Vuelta hacia nosotros, se limpia los ojos con un pañuelo y hace esfuerzos por contener el llanto, y afuera suenan las pisadas de unos caballos. Luego, se ve la sombra que se dirige con paso rápido hacia la puerta del jardín, y al llegar a ella titubea sin decidirse a salir. El sonido del viento de la calle parece detenerla, pero al fin desaparece en la oscuridad. El ruido de un coche de caballos indica que éste se aleja; hay un momento de silencio y nuevamente se oye el sonido del coche que regresa cuando el reloj da las dos de la mañana. Por la puerta del jardín entra un hombre maduro, con semblante de angustia y tristeza. Sube lentamente la escalera y luego se dirige a la puerta del extremo izquierdo y la abre de un golpe. La luz que sale de la recámara aclara un poco la escena y se ve al hombre cogido del barandal mirando hacia abajo, que dice algo en voz muy baja, apenas perceptible.

Don Manuel: Dios mío. . . (Hay un oscurecimiento total.)



ESCENA II

Han transcurrido cinco años. Comienza la primavera. La escena se va iluminando paulatinamente como si estuviera amaneciendo. Un reloj con campanadas graves anuncia las dos de la tarde. Por la izquierda aparece Dolores, una mujer muy atractiva.

Dolores: (Cesa la música. Arriba se abre la puerta de enmedio y sale Angélica vistiendo bata como de pintor. Baja corriendo, pero al llegar a mitad de la escalera se detiene y se asoma mirando hacia abajo.) ¡Buenos días, Angélica! (Dice sonriente.)

Angélica: ¿Y mi papá? . . . ¿Ya regresó?

Dolores: No, pero pronto vendrá a comer. Yo he querido llegar antes. (Angélica hace el ademán de regresar apresuradamente.) ¡Espera, no subas todavía, quisiera hablarte! . . .

Angélica: (Indiferente, se detiene.) ¡Está bien!

Dolores: Pero ven acá, hija, que a esta distancia no me vas a oír.

Angélica: (Baja muy molesta.) ¡Es muy importante?

Dolores: Quizás no lo sea; pero debo hablar contigo.

Angélica: ¿Y cree usted que hay algo que hablar?

Dolores: No debes tomarlo de ese modo.

Angélica: ¿Cómo quiere que lo tome?

Dolores: Has cambiado mucho. . . cuando yo te conocí no eras así conmigo.

Angélica: Es cierto, he cambiado mucho. ¡Y esto me duele, porque no ha sido por mi gusto!

Dolores: Eso es precisamente lo que quiero aclarar. No creas que estando en contra mía vas a ganar algo.

Angélica: Yo no estoy en contra de nadie. Simplemente no estoy de acuerdo.

Dolores: Y me estás creando una situación desagradable. Además no hay razón para que me eches toda la culpa a mí.

Angélica: Pudimos corregir a Fernando de otra manera, sin que mi padre se enterara, y así le hubiéramos evitado ese disgusto.

Dolores: Pero tú sabes que eso no hubiera sido posible porque no fue la única vez que tu hermano robó.

Angélica: ¡Usted no puede comprender nada! . . . ¡Sólo una madre puede darnos la dirección que necesitamos y desgraciadamente nosotros ya no la tenemos!

Dolores: ¿Y a qué crees que he venido yo? . . .

Angélica: (Indignada.) ¡No siga, por favor! . . . ¡Usted no puede saber lo que siento cuando me habla así! . . . ¿Y supone usted que podría reemplazar a. . .?

Dolores: (Cortando.) ¡Vamos, Angélica! Tú ya eres una mujer. ¡Comprende que no podemos llorar toda la vida la pérdida de los seres que hemos querido! Yo he venido aquí aceptándolos a ustedes tal y como son. Y quisiera que me tuvieras confianza, que me llegases a querer tanto o más que a una madre.

Angélica: ¡Eso no podrá ser nunca!

Dolores: ¿Por qué?

Angélica: ¡Madre únicamente es la que da el sér! La madre lo es todo cuando se es chico. . . ¡Y usted ni siquiera sabe lo que es eso!

Dolores: (Cabizbaja.) Entonces. . . ¿No estás dispuesta a transigir conmigo?

Angélica: Yo soy sincera, no tengo por qué guardarle rencor. ¿Acaso se lo he tenido antes?

Dolores: Es cierto, pero ahora soy yo quien te pide que me ayudes. Tú eres la mayor y me comprenderás mejor que tus hermanos. Las cosas se han puesto imposibles y yo ya no quiero hacerme responsable de ellos.

Angélica: ¿Ya se cansó de decir que va a educarnos? No me explico cómo es que ahora me ruega que la ayude, si todavía ayer cuando yo le suplicaba como una tonta que no acusara a mi hermano con mi padre, se negó a escucharme. ¡Ni siquiera le impor-

tó! ¿Y ahora, cree tan fácil convencerme con una pequeña plática para obtener mi apoyo?

Dolores: Aquello fue distinto. La situación me obligó a obrar así.

Angélica: Sí, también ahora la situación la obliga a solicitar mi ayuda, y mañana puede obligarla a darme con la puerta en las narices.

Dolores: ¿No comprendes que si te hubiera escuchado me habrías convencido, impulsándome a obrar contra mi conciencia? ¿Créeme, tenía el deber de acusar a tu hermano!

Angélica: (Triste.) ¿No le pedía que lo hiciera por mí, ni por él; sino por mi padre. . . por esta casa y por la conservación de mi familia.

Dolores: (Sin contenerse, excitada.) ¿Tu hermano es un ladrón! ¿No valè la pena que sigamos hablando de él!

Angélica: (Cegada.) ¿Qué es lo que quiere que le conteste?

Dolores: (Reflexiva.) ¿Perdóname! . . . Pero es que cada vez que me acuerdo que sacaba el dinero de la caja fuerte, me exalto mucho.

Angélica: (Conteniendo el llanto.) El no es malo. Todos lo sabemos. Le ha faltado cariño, comprensión. . .

Dolores: No te engañes. Ahora ha sido en su casa, pero después, sabrá Dios. . . Ya tiró por ese camino y acabará mal. Además, no tiene remedio, porque (con deliberada intención) . . . ¿Pues porque lo lleva en la sangre! . . .

Angélica: ¡Cállese, por lo que más quiera! . . . (Corre hacia arriba, mostrando una amarga expresión de indignación. Entra a su recámara.)

Dolores: ¿Espera! . . .

ESCENA III

Doña Luisa: (Apareciendo por la izquierda.) ¡Vamos! . . . ¿Qué es lo que pasa aquí, Dolores? ¿Desde que usted llegó lo ha trastornado todo!

Dolores: ¡Vaya! ¿Hasta que al fin estalló la vieja tía y me voy a enterar de lo que piensa!

Doña Luisa: ¿Pues sepa que si hablo no será porque quiera platicarle, sino porque no estoy conforme con lo que sucede! He esperado prudentemente que todo cambiara antes de intervenir; pero yo conozco a mis sobrinos desde que nacieron y me doy cuenta de lo que sufren y. . .

Dolores: ¿Qué están sufriendo, dice?

Doña Luisa: ¡Y verdaderamente no es justo! ¿Cuando usted vino, todos la recibimos con los brazos abiertos, pero, al fin de cuentas, está resultando que había antes de su llegada.

Dolores: Está usted insinuando que yo soy la causante. ¿No es verdad?

Doña Luisa: No deja de ser curioso que en vida de mi hermana Angeles, hasta cuando estaba muy enferma, nunca hubieran ocurrido esta clase de disgustos tan frecuentes ahora. Y aun después de muerta, sus hijos hicieron honor a su memoria, comportándose como es debido. Y tengo la seguridad de que su ejemplo, a pesar de todo, seguirá sirviéndoles de guía.

Dolores: ¡Sí, ya lo están demostrando! ¿Sobre todo Fernando no se ha hecho esperar!

Doña Luisa: Usted sabe muy bien cómo decir las cosas de un modo que duela a los demás.

Dolores: Sí, ¿eh? . . .

Doña Luisa: Fernando es un buen muchacho, un poco despreocupado, pero tiene un gran corazón. Y si usted le tiene mala voluntad es porque no ha querido comprenderlo.

El, en cambio, le tenía mucha simpatía cuando usted y Manuel se casaron; pero apenas usted se sintió con derecho, se puso muy estricta con él.

Dolores: ¿Y le parece mal, siendo que he puesto, al fin las cosas en orden? No va a negarme que antes no había dinero porque lo gastaban escandalosamente. Sin embargo, debí suponer que censurarían mi afán de vivir con presupuesto moderado.

Doña Luisa: Es que se ha excedido en la medida, y por eso ha orillado a Fernando a cometer tantas tonterías. Cuando se pone un remedio hay que prever también sus consecuencias.

Dolores: ¡A ver si piensa usted que me va a enseñar!

Doña Luisa: No señora, no pido tanto. Pero sí creo que no hace bien en llevar las cosas tan lejos.

Dolores: No sé que quiere decir con *tan lejos*.

Doña Luisa: Que no me imagino qué propósitos busque provocando tantos problemas. No quisiera convencerme de que las dificultades por las que pasan mis sobrinos son premeditadas.

Dolores: Pues me extraña que piense eso, sabiendo que nadie más que ellos son responsables de lo que hacen sin mi consentimiento. ¡Además, ya me tiene harta con sus desavenencias! ¡Y si todo les sale mal es porque así viene de siempre!

Doña Luisa: Pero no será a usted a quien le corresponda juzgarlos. Y se lo repito: ¡Va muy lejos, y no le aseguro que le salga bien!

Dolores: ¡Sí que está bueno eso! Sabe que cuando habla me hace pensar más en las muchas consideraciones que tengo?

Doña Luisa: ¿Consideraciones? ¡Angeles sí que les tenía consideraciones a sus hijos!

Dolores: Por lo visto doña Angeles será la razón de que nunca nos entendamos.

Doña Luisa: ¡Eso es su envidia! ¡Que aún haciendo lo que quiera, nunca podrá ocupar su lugar!

Dolores: ¿Envidia? ¡Pero qué cosas dice! ¿Quién puede tenerla de algo menos que un recuerdo?

Doña Luisa: Ella no es simplemente un recuerdo. Para sus hijos, cuando se sintieron solos, fue un lazo de unión y esto los obligó a comprenderse, a ver la importancia del cariño que debían tener dentro de su hogar.

Dolores: ¡Muy sentimental! . . . ¡Pero muy tonto! En estos tiempos ¿quién cree en esas cosas?

Doña Luisa: No es cosa de tiempos, sino una cualidad independiente de las circunstancias o del interés.

Dolores: Virtud que, por lo visto, también les inculcó doña Angeles. ¡Qué optimismo tiene si piensa que sólo heredaron lo bueno!

Doña Luisa: Desde hace mucho tiempo trato de descubrir sus intenciones.

Dolores: ¿Por qué no dice entonces que son ustedes los que me odian a mí?

Doña Luisa: Tal vez porque usted se nos ha adelantado a decirlo.

Dolores: ¿Ve cómo son ustedes los que van demasiado lejos? Yo no sé odiar a nadie. Me gusta ver las cosas como son y las juzgo tal como me parece, aunque quizás tampoco esté en lo cierto.

Doña Luisa: Por una parte admiro que sepa defender sus conveniencias, pero. . .

Dolores: También usted defiende las suyas, y no se lo reprocho. Ni me molesta tampoco que piense que he venido a quitarle lo que les pertenece y traten de evitarlo. Sin embargo, ¿cree usted que a estas alturas necesite yo quitarle algo que no tenga?

Dolores: Se aferran a la idea de que me casé con Manuel únicamente por interés, mas debieran darse cuenta también que llega un momento en la vida en que eso no constituye razón suficiente para mantener unidas a dos personas.

Doña Luisa: ¿Quiere decir que creamos entonces que se casó sólo por amor?

Dolores: (Turbada.) Para casarse no es condición indispensable estar enamorada.

Doña Luisa: Puesto que usted la elude, déjeme que sea yo quien conteste mi pregunta.

Dolores: ¿Por qué quiere acorralarme? Todos lo saben muy bien claramente. Me casé con él, apenas conociéndolo, porque deseaba salir de España. Tenía la ilusión de conocer América algún día. La mayor parte de los españoles que han venido, no regresan precisamente con las manos vacías. Manuel era mi única oportunidad y no iba a desperdiciarla. Yo también le interesaba a él, porque me necesitaba. Por eso, después de su segundo viaje a España nos casamos por poder. De modo que si alguien

tiene algo que reprocharme es él a quien corresponde hacerlo. ¡Y ya ve que no lo hace!

Doña Luisa: No lo hace porque piensa que todos somos felices y que la concordia reina en esta casa.

Dolores: Y así es. ¿O supone usted que sucede lo contrario?

Doña Luisa: Por lo menos eso es lo que pienso por la serie de complicaciones que usted provoca constantemente. Quizás esté equivocada y por eso he venido a hablarle, pues creo que aún está a tiempo de evitarle un serio disgusto a Manuel, y ya que usted quiere el bien de todos, estoy segura de que lo hará.

Dolores: Si se refiere a lo de Fernando, le advierto que eso ya no está en mis manos. Por lo tanto, no puedo ya interceder por él.

Doña Luisa: (Pausa.) ¿Y tampoco lo hubiera hecho cuando tuvo ocasión de hacerlo?

Dolores: ¡No!

Doña Luisa: (Triste.) Veo que no ha tenido caso que me molestara en hablar con usted.

Dolores: Y me gustaría que tampoco se moleste en tratar el asunto con Manuel, pues yo creo que nada logrará.

Doña Luisa: Pensamos lo mismo. Sólo que usted ya logró lo que quería y tal vez sea ya tarde para mí el poder evitarlo.

Dolores: ¡Evitarlo! Eso es lo que digo yo. Pero ya es muy tarde, sin duda, como acaba usted de decir. Eso le correspondía hacerlo a la madre de Fernando cuando vivía.

Doña Luisa: (Volteando, después de hacer una pausa.) ¡Qué fácil es hablar así de los demás! ¡Siempre, siempre suele uno equivocarse! (Saliendo.) ¡Se lo suplico, discúlpeme! (Se va por el fondo y sale por la puerta del jardín.)

Dolores: (Molesta, al sentir cortada la conversación, mira salir a doña Luisa y luego camina hacia el reloj a ver la hora.) Las dos y media. . . (Arregla el suyo poniéndolo a tiempo, y sale por la derecha. Suena una campanada.)

ESCENA IV

La sala ha quedado sola. Angélica sale de su habitación llevando un vestido primaveral. Se acerca al barandal, asomándose y después de descubrir que no hay nadie, desciende cabizbaja por la escalera. Don Manuel, por la izquierda, se detiene a verla.

Angélica: (Al notar la presencia de su padre, baja de un salto los pocos escalones que le faltaban y emocionada lo abraza cariñosamente.) ¡Papá! . . .

Don Manuel: ¡Cálmate, hija! (Sonriendo.) ¡Pero qué nerviosa eres! Anda, anda, avisa que ya he llegado para que me sirvan la comida.

Angélica: Si, papá. (Corre, feliz hacia la derecha.) ¡Delfina, ya llegó mi papá! (Voltea rápidamente al percibir que don Manuel camina hacia la izquierda.) ¡Papá! . . .

Don Manuel: (Deteniéndose.) ¿Qué es ahora?

Angélica: Quería hablar contigo. . .

Don Manuel: ¡Vaya! Ya será después.

Angélica: Espera, papá. Tiene que ser cuanto antes. Cuando lleguen los demás no será posible.

Don Manuel: ¡Qué tono de seriedad! ¿De qué se trata?

Angélica: Tú siempre me has dado todo lo que he querido, incluso, lo que no te he pedido. Pero ahora se trata de algo más importante para todos. Sé lo que ha hecho Fernando y quisiera que tú. . .

Don Manuel: Te ha pedido él que hablaras conmigo, ¿verdad?

Angélica: No papá. El no quiso que yo hiciera nada. Está avergonzado.

Don Manuel: Preferiría que fuera él quien se dirigiera a mí. A ti jamás te he negado nada y sentiría que en este momento sufrieras una decepción.

Angélica: El no me ha dicho nada; soy yo quien quiero hablarte. Sé muy bien que te ha disgustado lo que hizo; pero también sé que puedo aclararte las cosas.

Don Manuel: No me pidas que lo perdone, porque no voy a hacerlo. Lo que ha hecho no tiene disculpa.

Angélica: ¡Papá, te lo suplico! . . . (Llorando.) ¡Aunque nunca me concedas ninguna otra cosa!

Don Manuel: ¡Es un canalla! (Abrazándola.) Mira que hacer que tú. . .

Angélica: ¡Pero si él no sabe nada!

Don Manuel: ¡No, no lo perdonaré! A mí me duele más que a él pero es necesario que escarmiente. Tal vez algún día recapacite, entonces comprenderá su error y regresará arrepentido.

Angélica: Quisiera saber qué te han contado, para hacer que comprendieras que hablo por cuenta mía y no por encargo de él. (Mirándole a los ojos.) ¡Papá, tienes que creerme!

Don Manuel: (Enternecido.) Comprendo lo que sientes, porque yo también lo he sentido hace un momento en mi despacho cuando quise hablar con él. Traté de entenderlo, de conversar sinceramente de padre a hijo. El estaba ofendido, no aceptaba que haber robado dinero de la caja fuerte fuera tan grave. Se rebelaba contra todo lo que yo pudiera decirle, como si alguna vez hubiera sido injusto con él. (Angélica se sienta, muy deprimida.)

Esperaba su propósito de enmienda, aunque únicamente dijera que aceptaba sus errores. Deseaba que me pidiera perdón con sus propios labios. Pero no, respondía indiferente, como si no le importara.

Angélica: Es muy orgulloso, todos lo sabemos.

Don Manuel: Yo sólo quería su arrepentimiento, que comprendiera mis razones, pero se negó a ello. ¡Y pensar que sólo con su intención de arrepentirse hubiera bastado para perdonarlo!

Angélica: ¡Y si no fuera culpable? . . .

Don Manuel: ¡Cuánto hubiera dado entonces para convencerme de ello! ¡Aun cuando me engañaran! . . . El no quiso doblegar su orgullo ni a la verdad ni al respeto.

Angélica: Yo quisiera verlo, hablar con él. Tal vez sí. . .

Don Manuel: ¡Fernando ya no volverá!

Angélica: ¡Papá!

Don Manuel: ¡Le he dicho que se marchara y que nunca volviera a esta casa!

Angélica: ¡No, no es verdad! ¡Dime que no hiciste eso! (Pausa. Don Manuel baja la cabeza y retrocede hacia atrás. Angélica reacciona desilusionada y camina hacia adelante.) ¡Ya no importa entonces! ¡Ya no importa! (Llorando.) Cuando se fue mi mamá, tú nunca nos dijiste por qué se había ido. Luego supimos que había muerto y que su última voluntad era que la recordásemos siempre y que jamás nos peleáramos, para que todos unidos fuéramos una familia como ella la había soñado. Cuando la enterramos, yo le juré que cuidaría de todos, y le pedí a Dios que me diera fuerzas para hacerlo.

Le prometí que cumpliríamos sus deseos para que nunca se olvidara de nosotros y nos protegiera.

Don Manuel: ¡Angélica! (Volviendo la cara lentamente hacia ella.) Yo tampoco quería que Fernando se fuera; pero sabía que iba por muy mal camino y no podía castigarlo de ninguna otra forma.

Angélica: ¡Si mi mamá viviera, todo habría sido distinto! ¡No piensas que estando solo, sin ningún apoyo, será peor para él y obligado por la necesidad se extraviará todavía más? ¡Por qué no me dejas buscarlo y hablar con él?

Don Manuel: ¡No, Angélica, de ese modo, no! Si él regresa, será distinto.

Angélica: Los has corrido de la casa y no regresará. Tú lo sabes.

Don Manuel: El dinero que robó era de todos ustedes, tuyo y de tus hermanos. Era lo que les correspondía de la herencia de tu madre.

Angélica: ¡No me importa perderlo! ¡Lo importante es que estemos juntos siempre!

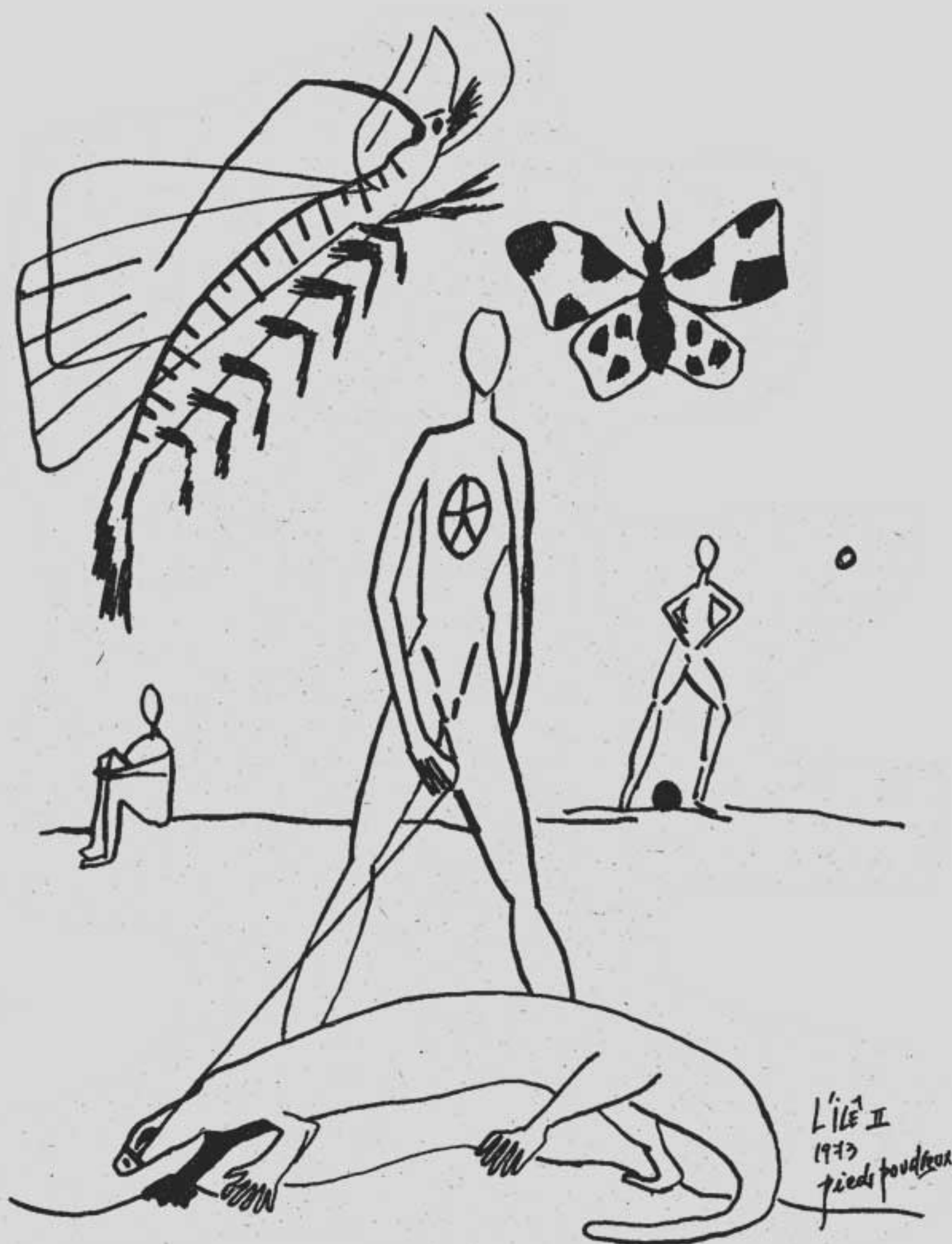
Don Manuel: Yo tampoco quería que nos separáramos. ¡Y menos de esta manera!

Angélica: ¡Déjame ir a buscarlo, papá! ¡Déjame ir! Yo sabré cómo convencerlo.

Don Manuel: (Enérgico.) ¡No, porque así no lo recibiría! Tiene que venir por su propia voluntad, arrepentido, dispuesto a reparar su falta. ¡Si no es así, más vale que nunca vuelva!

Angélica: ¡Así no vendrá! (Da la espalda y empieza a subir; se detiene y se vuelve.) ¡Ya no importa! ¡Entonces ya no importa, papá! (Llora, cogida al barandal. Don Manuel la contempla con tristeza. Mientras tanto va bajando el telón.)

FIN DEL PRIMER ACTO



PRIMER CUADRO

ACTO SEGUNDO

VERANO

ESCENA I

Son las cinco de la tarde. Suena un frenón de coche al fondo. Pasan unos instantes y se oyen las risas de Dolores que parece sentirse feliz. Luego entran por la puerta del jardín —ella y Manolo conversando. Manolo es un muchacho de carácter muy serio.

Dolores: Por lo que veo nunca aprenderé a manejar ese automóvil.

Manolo: Es cuestión de práctica. Ya no lo hace tan mal como piensa. Pronto podrá manejarlo usted sola.

Dolores: ¡Qué triste me voy a sentir entonces!

Manolo: ¿Triste? ¿Y por qué?

Dolores: Me va a hacer falta tu compañía, Manolo.

Manolo: (Muy molesto.) ¿Sí? Bueno, yo tengo que irme. Me esperan unos amigos. Le dejo las llaves del coche sobre el piano.

Dolores: Espera, no te vayas aún.

Manolo: Ya le he dicho que unos amigos están esperándome. Además he estado con usted casi toda la tarde.

Dolores: ¡Bueno, si es más importante para ti la conversación con unos amigos! Ellos podrán esperarte un momento, pienso yo.

Manolo: Está bien. ¿Qué es lo que quiere?

Dolores: ¡Hombre, no te pongas tan serio!

Manolo: Ya no quiero seguir hablando tonterías.

Dolores: ¿Tonterías? ¡Qué fácilmente menosprecias los sentimientos sinceros! ¡Hasta en eso te pareces a tu padre!

Manolo: ¡Siempre haciendo comparaciones!

Dolores: (Provocativa.) Muchas veces son necesarias cuando queremos dar a entender algo y no nos atrevemos.

Manolo: No la entiendo.

Dolores: No quieres entenderme, que es muy diferente.

Manolo: Lo que no quiero es equivocarme entendiéndola mal.

Dolores: ¡Tú sabes lo que deseo!

Manolo: (Separándose bruscamente.) ¿Cómo puede ser tan despreciable?

Dolores: ¡Manolo!

Manolo: ¡Qué poco ha sabido darse su lugar!

Dolores: (Dándole la espalda.) Nunca creí que llegara a oír eso de ti.

Manolo: ¡Usted únicamente cree que puede hacer lo que quiere!

Dolores: Yo tengo la culpa de que me juzgues mal. No debí darte tanta confianza. Me he equivocado. ¡Ni tú ni nadie la merecen!

Manolo: No es confianza lo que usted me ha estado brindando porque los buenos sentimientos no le interesan. Esta tarde, sus intenciones no han sido tan puramente limpias como para que ahora pretenda ofenderse.

Dolores: No se trata de intenciones limpias o sucias. ¿Por qué te extraña que me fije en ti? Ten en cuenta que tú tienes treinta años menos que tu padre. ¿Pero es que no comprendes que yo tengo ilusiones e inquietudes y que no puedo tener un sosiego impropio de mi edad?

Manolo: ¡Qué cinismo! ¡No respeta a nadie! ¿Por qué no pensó en eso antes de casarse con mi padre?

Dolores: Sí, lo pensé, pero tuve mis motivos para casarme. Yo no hago las cosas únicamente por capricho.

Manolo: ¡Sí, ya veo que sólo le importa una cosa: el egoísmo desenfrenado de acapararlo todo, el dinero, la alegría de los demás! ¡Todo! ¡Lástima que tenga que respetarla por el respeto que debo a mi padre!

Dolores: ¡Te arrepentirás, Manolo! ¡A mí nadie puede despreciarme en esa forma! No tendré ninguna consideración cuando tú necesites algo de mí.

Manolo: ¿Qué puede usted hacer en contra mía? No la necesitaré para nada.

Dolores: Sí, muy seguro. ¡Ya habrá tiempo!

Manolo: No, no lo habrá. Ahora sé quién es usted; siento que no se haya manifestado así desde el principio, porque me hubiera ido de aquí enseguida. Antes que vivir en este ambiente prefiero irme a cualquier parte.

Dolores: ¡También tú te quieres ir! Eres un desagradecido. Y si te vas no esperes nuestra ayuda. No tienes motivos serios para irte así. Esta es tu casa y todo es tan tuyo como de tu padre. ¡Pero aquí, no lejos de nosotros!

Manolo: ¡No sea hipócrita!

Dolores: (Lo mira secamente.) ¡Cómo es verdad que nadie escarmienta en cabeza ajena! . . . A tu hermano Fernando hubo que echarlo y tú, aunque por otras causas muy distintas, te vas por tu voluntad, pero al final de cuentas para ser un perdido como él. No hay duda que cada quien busca el lugar que merece.

Manolo: (Crispa los puños y hace ademán de ir hacia ella, pero reflexiona y se contiene.) ¡Es muy cierto! Y no conviene señalárselo a nadie por anticipado, pues la vida se encarga de hacerlo a su tiempo. ¡Y lo hace con todos! (Se dispone a salir.)

Dolores: No era mi intención. . .

Manolo: No, su intención era solamente que alguien la viera entrar. (En la puerta.) Aquí están las llaves de su automóvil. . . ¡Y búsquese un chofer que pueda servirle! (Arroja el llavero sobre un sillón y sale.)



ESCENA II

Dolores: (Ofendida, comienza a subir la escalera, encontrándose arriba a doña Luisa que la observa fijamente.) ¡Estaba usted ahí? ¡Entonces lo oyó todo! (Doña Luisa baja la escalera cruzándose con ella sin contestar a su pregunta.) ¡No irá a decirle esto a Manuel! (Baja un escalón y la alcanza.) ¡Verdad?

Doña Luisa: (Volviéndose, la mira fijamente.) ¡Tienes miedo de que lo haga?

Dolores: (Nerviosa.) ¡No, miedo no! Porque no es lo que usted se imagina.

Doña Luisa: (Siguiendo bajando hasta llegar a la sala y Dolores la sigue.) ¡Entonces qué es?

Dolores: Usted no pensará que. . .

Doña Luisa: (Cortando.) Mi imaginación no vuela tanto como la suya.

Dolores: ¡Claro que no, porque en ciertos casos vuela bastante más!

Doña Luisa: ¡Tanto temor tiene? ¡Está actuando de un modo que cualquiera diría que ha hecho algo malo!

Dolores: ¡Yo no, pero los demás son capaces de levantarme una calumnia en cualquier momento!

Doña Luisa: Los demás no siempre actuarían como usted lo haría.

Dolores: No la entiendo.

Doña Luisa: No, no podrá entenderme. Usted obra sólo guiada por sus pasiones egoístas. Se ha encerrado en sí misma ahogando sus buenos sentimientos. Pero todo será en vano, porque aunque usted alcance lo que se ha propuesto, se hallará sola y seguirá sintiendo el vacío, el vacío que ha sentido siempre.

Dolores: Usted no conoce la vida y ello no me sorprende, porque no se casó y ha vivido siempre encerrada, bien protegida, no sabe lo que son pasiones egoístas de que ahora habla con supina ignorancia. Pero el día que quede abandonada y no sepa ya qué hacer, descubrirá lo que es odio, egoísmo, ambición y tantas otras pasiones. ¡Ay, amiga mía, cuando usted va, yo ya vengo!

Doña Luisa: Lástima que no pueda ver lo que hay en su camino. Se defiende de todo por temor a perder algo, incluso en el caso de que alguien le ofreciera ayuda.

Dolores: ¡Ayuda? . . . ¡Pero quién ofrece ayuda si no es previendo un beneficio?

Doña Luisa: ¡Se analiza a sí misma? Ya ve cómo para conocer la maldad no he necesitado salir de esta casa ni quedar desamparada. Ni tampoco mis sobrinos, que ya empiezan a ver la vida con un sentimiento distinto de la justicia y la bondad del que antes tenían. Han perdido su tranquilidad y miran al porvenir con inquietud.

Dolores: Ya era tiempo de que se enfrentaran con la vida.

Doña Luisa: Ellos no contaban con la lucha dentro de su propia casa a la que creían como el único lugar para refugiarse.

Dolores: También yo creí que podría refugiarme aquí, claro que de diferente manera.

Doña Luisa: Cuando buscamos protección no debemos atacar a quienes nos la dan, porque nunca volverán a brindárnosla.

Dolores: Seguramente porque ya no estarán en condiciones.

Doña Luisa: Usted ya no habla con el más mínimo recato. Al fin ha sacado a relucir quién es. Nos ha engañado. No obstante le aseguro que se arrepentirá.

Dolores: Se equivoca. Hagan lo que hagan, sabré defenderme.

Doña Luisa: (Saliendo.) ¡Siempre sabrá defenderse de todos menos de usted misma!

Dolores: (Deteniéndola.) ¡No pensará decirle a Manuel que me vio con su hijo! A él le molesta mucho. Sería preferible que no lo hiciera. Además, no hay necesidad. . .

Doña Luisa: Claro que ya no tiene caso. Manolo prefiere irse voluntariamente antes de que usted termine por desatar los celos de su padre y hacer que éste lo eche. El mismo hubiera marchado sin necesidad de tanta maquinación para obligarlo a salir.

Dolores: No sin antes reclamar y exigir dinero a su padre, mortificándolo.

Doña Luisa: No deja escapar un detalle.

Dolores: Quizás Manolo se lo pida pronto, pero para entonces ya será tarde. (Sacando de su bolso una moneda de plata.) ¡Yo he venido por los "Aztecas", y los "Aztecas" me he de llevar!

Doña Luisa: Es un mal final para la plata mexicana. (Va hacia la puerta.)

Dolores: Espere. Ahora que usted lo sabe todo. . .

Doña Luisa: No, ahora es cuando me doy cuenta que ignoro todo. ¡Es increíble!

Dolores: De todas formas no le permitiré que hable con mi esposo. (Se miran fijamente.)
¡Sí, mi esposo! ¡Porque es mío, nada más! No crea que he tenido noticias de que cuando murió su hermana, usted intentó aprovecharse de la situación. ¡Aunque sin ningún resultado! . . .

Doña Luisa: ¡Qué despreciable es usted!

Dolores: ¿Acaso porque he logrado lo que usted no pudo?

Doña Luisa: ¡Ya estoy cansada de escucharla! ¡No quiero seguir soportándola!

Dolores: ¡Primero me escucha! No quiero que hable con Manuel, ¿lo oye? Y para nuestra tranquilidad, le conviene más irse a vivir a otro lado.

Doña Luisa: Habla de tranquilidad y mantiene un infierno en su conciencia.

Dolores: ¡Eso no le importa! ¡Atrévase a descubrirme y me conocerá realmente.

Doña Luisa: ¿Quién me prohíbe hacerlo? ¿Usted, la intrusa?

Dolores: (Brusca.) Llámeme como quiera, no me importa. (Doña Luisa le da la espalda y se alejan por el jardín.) Escúcheme, estoy dispuesta a arreglarlo; pero no vaya al negocio a hablar con Manuel.

Doña Luisa: ¿Arreglarlo, cómo? ¿Perdiendo con dolor parte de sus monedas? ¡Yo nunca tengo esa clase de arreglos!

Dolores: ¡Más le vale que no vaya! Si habla con él no dude que soy capaz de todo.

Doña Luisa: No tendrá que molestarse, porque no voy al negocio, sino al cuarto pequeño del fondo del jardín. En un momento recogeré mis cosas y me iré.

Dolores: No le creo. Quiere engañarme.

Doña Luisa: ¡Qué pena me da, no sabe necesitar de nadie!

Dolores: ¡Comasión, no! ¡Lo oye? ¡Todo antes que su maldita ayuda!

Doña Luisa: Desgraciadamente aunque quisiera ya no podría dársela.

Dolores: ¿Qué dice?

Doña Luisa: No tiene que preocuparse. No voy a delatarla porque. . . ¡Ya lo hice!

Dolores: ¿Ha sido capaz? ¡Usted es peor que yo todavía! Debí haberla puesto en la calle desde el principio.

Doña Luisa: ¿De qué se queja, si de cualquier manera usted ganó? ¡Aunque no sea justo!

Dolores: (Irritada.) ¿Se burla?

Doña Luisa: (Indiferente.) Anoche la vi entrar en camisón al cuarto de Manolo, y eso sí ya no pude tolerarlo. Esta mañana no pude soportar más su manera de ser ni sus pretensiones y decidí decírselo todo a su esposo. (Sentida.) ¡Sí, su esposo nada más!

Dolores: ¿Qué quiere decir?

Doña Luisa: Que al fin es solamente suyo.

Dolores: ¡Acabe de una vez!

Doña Luisa: Fui y hablé con él, quise abrirle los ojos, pero fue inútil. Estaba descontrolado y me dijo que era lógico, que era muy lógico que yo, siendo hermana de su primera esposa, sintiera una ciega antipatía por usted que ocupaba un lugar irremplazable para mí.

Dolores: ¡Vaya! De modo que. . .

Doña Luisa: Que sería más conveniente, dijo, que me fuera a vivir lejos de aquí por el bien de todos, y que por los gastos no me preocupara.

Dolores: (Riendo cínicamente.) ¡Tiene suerte, no le faltará con qué vivir!

Doña Luisa: También le expliqué a su esposo que no quería dinero, ni tampoco la mensualidad que me ofrecía. No quiero darle a usted el gusto de que me la quite después —echándome en cara hasta el tiempo que pasé aquí antes de su llegada.

Dolores: (Cesa de reír, pero luego continúa haciéndolo.) ¡Magnífico!

Doña Luisa: (Llorando.) Por eso ahora voy a recoger mis cosas, que no son muchas, unos cuantos vestidos, algunas fotografías, recuerdos inservibles, pero hermosos. Sin embargo, si usted los quiere también, ¡puede quedarse con ellos y con todo! (Se va sollozando y su sombra se pierde en el jardín. Dolores regresa caminando, dando grandes muestras de desprecio. Ríe pausada y cruelmente. Ya calmada, sube la

escalera, y al llegar al mezzanine, estalla riendo estruendosamente. Las luces se desvanecen y el telón baja lentamente.)



SEGUNDO CUADRO

FIN DE OTOÑO

ESCENA I

El reloj de las ocho de la noche. Don Manuel, vestido con una bata de casa, se encuentra mirando hacia el jardín. Dolores que viene de la calle, aparece por la izquierda.

Dolores: ¡Manuel! (Se quita los guantes y los deja junto con su bolsa sobre un sillón.)
¿Por qué has bajado?

Don Manuel: ¡Me sentía tan solo allá arriba! Sé que no te gusta y que el doctor ordenó que no me moviera para nada, pero quise bajar a ver si me distraía aquí en la sala.

Dolores: ¡Vamos! (Acercándose.) No te conviene jugar con tu salud.

Don Manuel: ¡Yo ya no me aliviaré!

Dolores: ¿Por qué dices eso?

Don Manuel: Ustedes procuran curarme con medicinas, y no se dan cuenta que si me siento así es porque he perdido las esperanzas que tenía en mis hijos. ¡Han sido un fracaso! Quizás yo tenga la culpa de haberlos consentido demasiado. ¡No pensé que sólo los hacía interesados!

Dolores: No te pongas triste, Manuel. Así son los muchachos.

Don Manuel: ¡Tanto como yo necesito su compañía! Ya ves, Angélica se casó hace dos meses y nunca ha vuelto a esta casa. Comprendo que tiene que hacer su propia vida, pero al menos debieran acordarse de su padre.

Dolores: Son egoístas. En cuanto vieron que no te necesitaban, se fueron sin que les importaras. Ultimamente les he dicho que estás enfermo, muy enfermo, pero como si no. Hasta la misma Angélica que tanto parecía quererte.

Don Manuel: ¡No, ella no!

Dolores: ¡También! Ni siquiera quiso la fiesta que le prometimos para su boda; todo por no aplazar la fecha. No cabe duda que ella también ansiaba irse.

Don Manuel: ¡Yo tuve la culpa de que ella se fuera!

Dolores: Todavía tienes a Luis. Es muy chico y puede educársele como es debido.

Don Manuel: También se está olvidando de mí. Desde que está internado en Puebla ya no viene los fines de semana.

Dolores: Me gustaría tenerlo en casa; pero esas amistades que tenía lo estaban haciendo como Fernando. A los quince años es una edad muy difícil. Gastaba el dinero a manos llenas, sin tener en cuenta nuestra situación actual. No quería entender que tu enfermedad está acabando con nuestros recursos económicos.

Don Manuel: ¿Y por qué no me lo habías dicho?

Dolores: No quería preocuparte. En el negocio las ventas han disminuido mucho. Hasta he tenido que reducir la servidumbre a dos criadas y al chofer. A mí no me importa si tenemos que vender todo; sólo me interesa que tú te pongas bueno y sano.

Don Manuel: Te sacrificas demasiado por mí, Dolores.

Dolores: Es lo menos que puedo hacer y me gustaría quedarme contigo, acompañándote siempre.

Don Manuel: No, ya te he dicho que prefiero que te distraigas saliendo con tus amigas.

Dolores: Eres muy bueno, Manuel. Tal vez, demasiado.

Don Manuel: Además, me gusta que me cuentes todo lo que pasa por ahí. Y a propósito, no me has dicho nada de lo que sucede últimamente.

Dolores: Pues poca cosa. La colonia organiza una fiesta para la semana próxima. Por cierto que... (Don Manuel contempla absorto la pequeña estatua de la escalera sin prestarle atención.) ¡Manuel! ¿No me estás escuchando?

Don Manuel: ¿Eh? Perdona, yo. . . Pero nada, sigue contándome.

Dolores: Ni siquiera te enteraste de nada de lo que he dicho. ¿Qué tiene esa figura de mármol que tanto miras? Siempre me ha extrañado verla ahí encima. ¿Qué significa?

Don Manuel: Se llama "El incendio de Borgo". Es copia de una escultura muy famosa de Bernini. Angélica la vio en Roma y se empeñó en comprar esta imitación. Representa a un hombre huyendo de un incendio ocurrido en esa ciudad. Lleva a su hijo cogido de la mano y a su anciano padre a cuestas, salvando así a los dos de la catástrofe. Angélica decía que sería un símbolo para ella y sus hermanos.

Dolores: ¡Comprendo! ¡Tus hijos! ¡Siempre ellos! Sin embargo, yo. . .

Don Manuel: Son cariños distintos. Tu estás a mi lado y me haces muy feliz. En cambio, ellos están lejos.

Dolores: No merecen tanta indulgencia de tu parte, son unos desagradecidos. (Camina y se le humedecen los ojos.) ¡Pero, claro, a mí me tienes segura, porque te quiero!

Don Manuel: (Tomándole las manos.) Yo también te quiero Dolores. Y tu cariño es ahora mi mayor consuelo.

Dolores: (Mimosa.) Únicamente me gusta estar contigo. ¡Me siento tan sola por ahí! Oye, Manuel, ¿no te acuerdas de nuestra tierra? Me parece que si volviéramos a España seríamos muy felices. Añoro tanto sus costumbres, sus gentes. . .

Don Manuel: ¡Claro que me acuerdo! Pero ya he perdido las esperanzas de regresar.

Dolores: ¿Por qué? Venderíamos todo aquí y con el dinero compraríamos una finca en el campo, cerca de Madrid. ¡A mí me gusta tanto el aire y los árboles! Con una vida tranquila te repondrías y yo ya no me sentiría tan triste.

Don Manuel: Tienes razón. A mí tampoco me gusta vivir en la ciudad.

Dolores: ¡Ahora es tan fácil viajar! No nos llevaría mucho tiempo llegar a España. Desecha los recuerdos que te retienen aquí, donde no hemos podido ser completamente dichosos.

Don Manuel: No precipites las cosas. ¡Yo ya nunca veré mi tierra! Pero no me entristece, porque también me siento parte de México y he aprendido a quererlo, igualmente.

Dolores: Entonces, ¿no te gusta la idea?

Don Manuel: ¡Cómo no me va a gustar! ¡Pero es que tengo tantos recuerdos aquí! México es un país diferente. Tienes que conocerlo bien y verás que entonces te sentirás como en España.

Dolores: ¡Odio a este pueblo, a sus gentes, a sus calles, a todo!

Don Manuel: ¡Aún así, nos quedamos, porque yo espero a mis hijos! ¡Sé que regresarán!

Dolores: ¡Eso no ocurrirá nunca! ¿Qué es lo que necesitas de ellos? Me tienes a mí. Yo te quiero. (Con coraje se dirige hacia la estatua.) ¡Esa estatua!

Don Manuel: ¿Qué vas a hacer?

Dolores: (Deteniéndose.) Iba a romperla, pero no lo hago por ti. ¡No sé por qué me pasa todo esto!

Don Manuel: ¡Cálmate! ¡Nunca te había visto así!

Dolores: Me desespera que sufras tanto pensando en tus hijos, mientras para mí no tienes más que indiferencia. ¡Qué ironía! Esa figura representa al hijo salvando a su padre, y en la realidad, si ocurriera alguna desgracia, tus hijos nunca se acordarían de ti. Te abandonarían a tu suerte.

Don Manuel: ¡Mira al hombre de la estatua, cómo además de su padre también salva a su hijo llevándolo de la mano! ¡Quién sabe si también mis hijos están necesitando que yo les tienda la mía! (Dolores no se contiene y arroja la estatua al suelo, que se hace pedazos. Luego camina atemorizada de espaldas a don Manuel, que se ha quedado mudo de asombro.) ¡Dolores! ¿Por qué lo hiciste?

Dolores: (Se vuelve anegada en lágrimas.) ¡Porque tengo celos!

Don Manuel: ¿De mis hijos?

Dolores: Sí, porque ellos me han despreciado y te han abandonado por haberte casado conmigo.

Don Manuel: ¡Nunca debiste romperla! (Va hacia la escalera.)

Dolores: ¡Manuel! ¡No, Manuel, no subas sin decirme nada! ¡Perdóname!

Don Manuel: No debías ser tan violenta.

Dolores: ¡Perdóname! (Se agacha a recoger los pedazos.) Podemos pegarla, o si no compraremos otra igual.

Don Manuel: No, déjala. No vale la pena preocuparse más.

Dolores: ¡Manuel! (Al depositar los pedazos sobre una mesita descubre un anillo que llama su atención.) ¡Qué hacía este anillo ahí colgado del brazo del anciano?

Don Manuel: (Se acerca y lo toma.) Era de mi esposa. Se lo regalé hace veinte años, cuando nació Angélica.

Dolores: ¡Qué bonito es! ¡Son brillantes, verdad? No sabía que estaba ahí.

Don Manuel: Ahora pertenece a Angélica. ¡Qué muchacha! Se ve que lo olvidó. Tampoco ha venido a recoger otras cositas que eran de su madre y que le tengo guardadas.

Dolores: ¡Sí? ¡No sabes qué avergonzada estoy contigo!

Don Manuel: ¡Por qué?

Dolores: Por todo lo que te dije hace un momento. Pensarás que yo no quiero a tus hijos.

Don Manuel: No te preocupes, comprendo que ellos no han correspondido.

Dolores: Después de todo, yo también empiezo a quererlos.

Don Manuel: Es muy noble de tu parte.

Dolores: Quisiera tener un recuerdo de ellos. Especialmente de Angélica que es la mejor de todos. Porque sé que únicamente dándoles a ellos un sitio en mi corazón me renovarás tu confianza.

Don Manuel: Mis sentimientos para ti serán siempre los mismos.

Dolores: (Tomando de nuevo el anillo.) ¡Por qué no me das el anillo? Lo quiero como un recuerdo para probarte que en los sucesivos ya no tendré celos de ellos.

Don Manuel: ¡Oh, es una joya muy sencilla!

Dolores: Yo no la pido por lo que valga, tú lo sabes. Es con otra intención.

Don Manuel: No puedo dártelo. Los demás no lo entenderían.

Dolores: No tienen por qué saberlo. Angélica ni siquiera se ha dado cuenta de que lo dejó ahí. Te apuesto que piensa que lo ha perdido. Ya ves, tampoco se ha mostrado interesada en las otras cosas.

Don Manuel: ¡No, ya te he dicho que no puedo!

Dolores: (Cariñosa, le da un beso en la frente.) ¡Sólo este anillito, anda!

Don Manuel: ¡Tú sabes de quién fue!

Dolores: Sí, ya lo sé ¡De ella! ¡Ella separándonos para siempre!

Don Manuel: No digas eso.

Dolores: Nunca debiste casarte conmigo.

Don Manuel: Yo te necesito.

Dolores: Y no eres capaz de darme un gusto.

Don Manuel: Bien sabes que deseo verte feliz, que no sé que haría sin tu cariño. Quiero darte todo lo que pidas, ¡pero eso no!

Dolores: ¡Comprendes que tengo razón? Mi error ha sido quererte demasiado, hasta el grado de olvidarme que tú has vivido otra vida y que entonces fuiste más feliz que ahora conmigo. ¡Yo, en cambio, sólo he conocido la felicidad a tu lado!

Don Manuel: (Enternecido.) ¡Tómalo! Guárdalo y que nadie se entere. Si reclamaran tendrían razón, porque están en su derecho. (Le aprieta las manos y ella toma el anillo.)

Dolores: (Cabizbaja.) No, siendo así, yo prefiero otra cosa. Primero están tus hijos. Sólo era un capricho.

Don Manuel: No, no, quédatelo. ¡Crees que no veo que sufres a mi lado, que no sé lo que dicen de ti los demás? Toma el anillo como el recuerdo que tanto quieres, pues a ti te pertenece tanto como a Angélica. Estoy seguro que si ella lo supiera todo, también te lo daría. (Le pone el anillo.)

Dolores: ¡Gracias Manuel! (Se asoma a la ventana y ve la puerta de la calle abierta.) ¡Dios mío! La puerta de la calle se quedó abierta. ¡Qué descuido! Me regalaron unos pastelitos de pollo y algunas cositas; pero las olvidé en el automóvil.

Don Manuel: No te preocupes, llamaré a la sirvienta para que la cierre enseguida.

Dolores: (Se acerca a la puerta del fondo y la abre.) ¡Pudo haberse metido cualquiera!

Don Manuel: (Precipitadamente se acerca y detiene a Dolores.) No vayas tú, puede ser peligroso. . .

Dolores: (Afuera.) ¡Peligroso! . . . y ¡por qué?

Don Manuel: Espera, ponte algo. Hace mucho frío.

Dolores: ¡Por qué no quieres que salga? (Se oye un ruido en el despacho.) Nada puede pasarme.

Don Manuel: ¡Has oído.

Dolores: (Buscando.) ¡Qué? No, nada, no he oído nada. Déjame ir, vuelvo enseguida. (Se va.)

Don Manuel: ¡Abrígate, no cojas frío! (Cierra la puerta y al volver a la sala encuentra a Fernando que ha entrado por el despacho.) ¡Fernando! . . . ¡Hijo! . . .



ESCENA VI

Fernando: (Se acerca desconfiado.) ¡Papá! . . .

Don Manuel: Ven, acércate, ¡No te imaginas cómo deseaba tu regreso! No, no digas nada, ¡He estado muy solo!

Fernando: Eso no es culpa mía.

Don Manuel: Todos tenemos siempre algo que reprocharnos. Reconocer nuestras culpas es siempre una muestra de valor.

Fernando: ¡Aún sigues igual, papá! ¡Yo no me he arrepentido!

Don Manuel: ¿Qué dices?

Fernando: No vengo a pedirte perdón.

Don Manuel: ¿A qué has venido entonces?

Fernando: Prefiero hablar con mi hermana antes. (Sube la escalera.)

Don Manuel: ¿A dónde vas?

Fernando: A buscarla para que me explique muchas cosas.

Don Manuel: (Deteniéndolo.) Si regresaste para acabar con mi tranquilidad, más vale que salgas de aquí.

Fernando: (Violento.) ¡Déjame pasar!

Don Manuel: Angélica no está. Se casó hace dos meses.

Fernando: (Bajando.) ¿Y mis hermanos? ¿Tampoco están? . . . ¡Qué bien supo hacer las cosas esa mujer!

Don Manuel: (En la escalera.) Estás equivocado. Es una buena mujer y no te permitiré que digas nada de ella.

Fernando: Los padres no deberían casarse más de una vez. Las madrastras no quieren a los hijos ajenos. Los echan para que dejen sitio a los suyos.

Don Manuel: Ustedes siempre han tenido aquí su sitio, pero no han sabido apreciar nuestro cariño.

Fernando: ¿Cariño? Yo sí lo he sentido por ti sin ningún interés, y no quiero que lo compartas con nadie. ¿Acaso tú por el mismo cariño metiste en esta casa a esa. . .? Si ahora has escogido, no nosotros.

Don Manuel: Con qué derecho pretendes convertirte en juez injusto de mis actos? Todos podemos equivocarnos. ¡Pero tú no tienes razón en lo que has dicho!

Fernando: Sólo quisiera saber si esa vieja duerme bajo este techo por las mismas razones que inducían a mi madre a hacerlo cuando vivía.

Don Manuel: ¡No menciones a tu madre! Al menos su recuerdo debiera ser intocable para ti.

Fernando: Tienes razón. Pronunciar aquí su nombre mientras esté esa señora es empañar su memoria.

Don Manuel: ¡Cállate, Fernando! Cuando entraste pensé que volvías avergonzado, pero me equivoqué.

Fernando: No tengo de qué avergonzarme.

Don Manuel: ¡Vete!

Fernando: No sin antes arreglar el motivo que me trajo.

Don Manuel: ¿Piensas que tenemos algo que arreglar?

Fernando: Contigo sí, con nadie más.

Don Manuel: ¡Jamás pensé que un hijo mío llegara a tratarme así! ¡Para mí es como si hubieras muerto!

Fernando: ¡Lástima que todavía no puedas darle esa sorpresa a tu mujer! Hace seis meses me echaste como no lo hacen ni con un perro. ¿Cómo quieres que te trate ahora? (Pausa triste.)

Don Manuel: ¿A qué has venido Fernando? ¡Habla!

Fernando: (Acercándose.) A reclamar lo que me corresponde.

Don Manuel: ¿Qué te corresponde?

Fernando: ¡Tuyo, nada!

Don Manuel: ¡Entonces!

Fernando: (Exigente.) La parte que me tocó de la herencia de mi madre.

Don Manuel: ¿Qué?

Fernando: ¡Tengo derecho sobre ese dinero!

Don Manuel: ¿Cómo has podido? ¡Miserable! (Le da una cachetada.) ¡Mal hijo! (Tembloroso, no pudiendo decir más, trata de bajar la escalera y torpemente, resbala con la alfombra y rueda hasta quedar sin sentido.)

Fernando: (Desesperado.) ¡Papá!

Dolores: (Entrando.) ¡Qué ocurre Manuel! (Al ver a Fernando.) ¿Tú? Descubriendo a su esposo en el suelo corre hacia él. Sacudiéndolo.) ¡Manuel! . . . ¡Manuel! . . .

Fernando: ¡Intentó bajar y. . .! ¡No sé cómo pasó! . . .

Dolores: (Excitada.) ¿A qué vienes? ¿A asesinar a tu padre enfermo?

Fernando: ¿Yo? ¡Dios mío!

Dolores: ¡Fuera! . . . (Levantándose.) ¡Largo de aquí! (Fernando la mira fijamente y descubre puesto en su mano el anillo de su madre. Trata de acercarse, pero opta por salir precipitadamente, dando un portazo. La luz se apaga de golpe y se va cerrando el telón.)

FIN DEL SEGUNDO ACTO





pièds poudreux
1977

ACTO TERCERO

ESCENA I

Por la derecha, en primer término, aparecen don Manuel ayudado por Angélica y doña Luisa. Viste él ropa de casa y ellas sencilla ropa de invierno. En el semblante de don Manuel se notan los estragos que hace el avance de la enfermedad.

Angélica: Papá, ¿ya ves? Te dije que no te levantarás.

Don Manuel: No me explico qué habrá hecho Dolores con tus cosas. (Se sienta ayudado por Angélica.)

Luisa: Esperaremos hasta que regrese.

Angélica: No te preocupes, papá. A mí no me urge que me las des.

Don Manuel: No son muchas. A tu madre le gustaba que fueran sencillas. Te las he estado guardando, por eso no me explico que no estén en su lugar.

Angélica: Me las darás en otra ocasión. ¿No quieres que te ayudemos a subir a tu recámara?

Don Manuel: ¡Sólo eso me faltaba, que el primer día que me visitas me encuentres metido en la cama!

Doña Luisa: Es mejor que se cuide, don Manuel.

Don Manuel: ¡Vaya! Nunca vienen, y cuando lo hacen es para regañarme.

Angélica: (Triste.) Perdóname que no hubiera vuelto antes, papá. Pero es que yo creía que ya no me necesitabas. Y habrás pensado que me había olvidado de ti.

Don Manuel: De ningún modo, hijita. Yo sé que una mujer casada tiene sus ocupaciones y no dispone siempre de su tiempo. Aunque la Noche Buena sí te extrañé mucho. Pero me conformé con saber que eres feliz con tu marido. Enseguida supuse que ese día no quisieron salir a ningún lado y la pasaron juntos.

Angélica: Desde hoy te visitaré todos los días; pero tú también debes ir a verme a menudo. (Con tristeza cambia una mirada con su tía Luisa.)

Don Manuel: ¡Si vieras cómo tengo ganas de conocer tu casa! Dolores me dijo que es un departamento muy bonito. Platicame cómo es y si estás contenta. . .

Angélica: Pues. . . tiene tres recámaras y una cocina llená de luz. Tiene también un ventanal muy grande, que es lo más bonito de todo. Desde allí se ve la ciudad y hasta esta casa, inclusive.

Don Manuel: ¡Un ventanal desde donde se ve la ciudad! Dolores no me dijo nada de eso.

Angélica: Cuando ella fue sólo estuvo un momento, mientras firmaba el contrato. Usdes son nuestros fiadores.

Don Manuel: ¿Por qué no vino tu esposo con ustedes?

Angélica: No le dije que iba a venir, ¿verdad tía?

Doña Luisa: Es que tiene muy poco tiempo libre y lo dedica a descansar.

Don Manuel: ¿Está usted viviendo con ellos, doña Luisa?

Angélica: Sí, mi tía es muy buena conmigo. También Manolo está ahora con nosotros en la casa.

Don Manuel: (Pausa.) ¿Y ya no has vuelto a pintar nada, Angélica? Antes pintabas todo el tiempo. Me acuerdo que lo hacías muy bien.

Angélica: Ahora ya no hago nada. Ni siquiera he podido terminar tu retrato, y eso que siempre anhelé darte una sorpresa. Me acuerdo que una vez te esperé toda la maña-

na para que lo vieras, pero cuando llegaste a comer no tuviste tiempo de verlo.

Don Manuel: Todo es tan diferente ahora. . .

Angélica: Ya lo terminaré cuando te alivies. Nos veremos allí en casa muy seguido y de nuevo me verás pintar. Y todo volverá a ser como antes. (Cruza nuevamente la mirada con doña Luisa y a sus ojos asoman las lágrimas.)

Don Manuel: (Sorprendiendo las miradas.) ¿A qué viene tanta tristeza? ¡Ni que me fuera a morir!

Doña Luisa: ¡Por Dios, don Manuel, qué cosas dice!

Don Manuel: Estoy bastante mal. Por eso he pensado en todo, sólo para estar más tranquilo. ¡Se planean tantas cosas cuando uno se siente enfermo!

Angélica: ¡Y qué es lo que planeas, papá? No debes preocuparte por nada, solamente por sanar.

Don Manuel: De todos modos conviene que deje todo arreglado, por si algo ocurriera. Uno nunca sabe. . . Pensé en lo que ustedes necesitarán y no los he olvidado. La que me preocupa es Dolores, porque sin mí se va a sentir muy sola. A ti, a Manolo, a Luis y. . . a Fernando, les corresponderá por partes iguales todo lo que tengo con excepción de esta casa y el negocio, que son para Dolores. Ya es una ventaja que ella sepa manejarlo, pues así podrá mantenerse.

Angélica: (Abrazándolo.) ¡Papá, porqué has pensado en eso!

Don Manuel: ¡Angélica, hija! Si mi testamento no es mi sentencia de muerte!

Doña Luisa: Desde luego, tu padre tiene razón. Con esas lágrimas nos vas a hacer llorar a todos.

Angélica: (Separándose.) Es cierto, parezco una niña.

Don Manuel: (Sonriendo un poco.) Ahora ven acá. Tienes que hacerme una promesa.

Angélica: Sí, papá.

Don Manuel: (Respirando precipitadamente.) Si Dios decidiera otra cosa tienes que jurarme que todos ustedes regresarán a vivir juntos en esta casa y le harán compañía a Dolores.

Angélica: (Turbada, camina hacia adelante sin saber qué contestar.) ¡Yo no sé mentir, papá!

Doña Luisa: ¡Don Manuel! ¿Qué pasa? (Don Manuel ha sufrido un desmayo.)

Angélica: ¡Papá!

Doña Luisa: Esta enfermedad es terrible. A veces deja de latirle el corazón por momentos.

Angélica: (Muy afligida.) ¡Está respirando, tía!

Doña Luisa: Ni siquiera te oyó. Está más grave de lo que pensamos.

Don Manuel: (Débilmente.) ¡Perdónenme que esté tan cansado, me estoy queriendo dormir.

Doña Luisa: ¿No prefiere que mejor subamos a su cuarto, don Manuel? Allí podrá platicar más tranquilo.

Don Manuel: Soy muy necio, no debí haber bajado. Dame la mano hija.

Angélica: (Ayudándolo.) Tienes que estar en calma. Si no lo haces no volveré a visitarte.

Don Manuel: (Subiendo la escalera.) Ya no me preocupa, porque yo iré a verte cuantas veces quiera. Tendrás que terminar mi retrato.

A- (Conteniendo el llanto.) Si papá, pero voy a tardar mucho en pintarlo para que
; muchas veces. (En silencio le besa la mejilla.)





ESCENA II

Dolores: (Aparece por la puerta de la calle y va hacia el teléfono. Deja sus cosas a un lado, busca entre unas tarjetas y marca un número.) ¡Sí? Con el administrador, por favor. (Mira alrededor comprobando que no hay nadie en la sala.) ¡Señor Press? Habla la señora de Madrigal. Recibió su recado. Seguramente los muchachos han retrasado involuntariamente el dinero de esos dos meses de renta. Ya sé que usted nos tiene confianza, no se preocupe; comprendo muy bien. Mire usted: yo, como fiadora de esa familia, estoy dispuesta hasta a pagar por adelantado el resto de las mensualidades que señala el contrato, pero sólo bajo condición de que les quite el departamento. De otro modo, no consentiré ni en pagarle a usted los dos meses que deben. En cuanto a otras cosas, preferiría que no se enteraran los muchachos. Se trata de una especie de ardid de mi esposo para que su hija viva con nosotros. Me alegra que lo entienda. Sí, ya le enviaré el cheque, no mande a nadie de la casa porque tal vez hagamos un viajecito. Hasta luego. (Cuelga, y se dispone a hacer otra llamada, pero descubre la presencia de Manolo en la puerta.)

Manolo: (Con cierta amarga ironía.) ¡Perdone que la haya interrumpido! ; pero, siga.

Dolores: (Desconcertada, cuelga la bocina.) Yo creía que no había nadie en la casa, por un momento me asusté. Pensaba que ya nunca regresarías, Manolo.

Manolo: Acabo de llegar, Angélica me dijo que viniera aquí a buscarla.

Dolores: ¡Angélica está aquí?

Manolo: No sé si ya habrá llegado.

Dolores: (Inquieta.) Y, ¿hace mucho tiempo que tú entraste? Las criadas no me avisaron.

Manolo: Aún tengo la llave de la casa. Acabo de llegar.

Dolores: ¡Ah, menos mal! Estaba dudando si las criadas dejan con frecuencia la puerta de la calle abierta.

Manolo: ¡Es usted una hipócrita! ¿Qué mal le hemos hecho nosotros?

Dolores: ¿Qué? ¿Por qué dices eso?

Manolo: ¿Quiere que le repita textualmente sus palabras cuando hablaba por teléfono?

Dolores: ¡Manolo! ¡No sé de qué hablas!

Manolo: ¡Cállese! Esto ya no tiene nombre; es una infamia. ¿Y todo por qué? ¿Por cometer el delito de que usted nos envidie?

Dolores: (Sentándose indiferente.) No me importa lo que digas. No pienso contestarte.

Manolo: ¡Hablaré con mi padre!

Dolores: (Deteniéndolo.) Espera. . . El está muy grave y. . .

Manolo: Ese pretexto no le servirá. Sé muy bien que a quien menos le interesa su salud es a usted.

Angélica: (Sale por el mezzanine.) ¡Manolo!

Manolo: (Sube un poco a su encuentro.) ¿Has podido hablar con él?

Dolores: ¿De modo que es un plan en contra mía?

Angélica: (Bajando hacia ella.) No hable tan fuerte; su voz se oye allá arriba.

Dolores: ¿Tienes miedo de que tu padre me haga más caso a mí?

Manolo: Únicamente hemos venido a recoger las cosas de Angélica.

Dolores: Ya sabía yo que si volvían no lo harían para ver a su padre, que tanto los ha esperado; sino a exigir, a llevarse algo. No tienen derecho, su padre no les dará nada, ni siquiera esas cosas.

Fernando: (Entrando de la calle.) ¿No les dará nada. . . porque usted también las quiere?

Manolo: ¡Fernando, te dije que no entraras!

Dolores: ¿Tú también? Todos son de la misma madera.

Angélica: ¡Fernando! (Lo abraza.)

Manolo: Es mejor que mi padre no sepa que has vuelto.

Dolores: ¡No lo engañarán! ¡Subiré a decirle a qué han venido!

Manolo: Ahora ya no le importa molestarlo, ¿verdad?

Angélica: (Deteniendo a Dolores en la escalera.) ¡No la dejaré pasar! Ya nos ha hecho mucho daño para que todavía quiera destruir el recuerdo que mi padre tiene de nosotros. (Triste.) El está muy acabado y tengo miedo de que. . .

Dolores: ¡Por eso están aquí! ¡Quieren sacarle el testamento antes de que se muera y los deje sin nada!

Manolo: ¡Yo no sabía que estuviera tan enfermo!

Dolores: ¿Qué vas a saber? ¡Ni siquiera que tú, Fernando! ¡Sí, tú, tú eres el causante!

Fernando: ¡Yo no tengo la culpa!

Dolores: ¿Vas a negarme que hace unos días tú viniste aquí, y que tu padre...?

Manolo: Fernando me lo ha contado ya.

Dolores: ¿Y aún así lo defiendes? ¡Les habrá mentido, entonces!

Manolo: ¡Estamos dispuestos a defenderlo y a protegernos!

Angélica: ¡Queremos saber lo que pasó con el dinero de nuestra madre!

Dolores: Eso no es nada nuevo. Lo que haya robado Fernando...

Fernando: (Con rencor.) Hasta que la oigo acusarme frente a frente.

Dolores: ¡Cómo te atreves! (Retrocede.)

Fernando: Ahora yo voy a gritar lo que no pude decirle a mi padre. Me quitaré esta obsesión.

Angélica: (Calmándolo.) ¡Fernando!

Fernando: Quiero decir hasta qué punto soy culpable y que me crean.

Dolores: Puedes gritarlo donde te dé la gana, menos aquí.

Fernando: Es a usted a quien quiero recordárselo delante de los demás, es verdad que yo robé. ¡Si no lo niego! Usted me enseñó un día la combinación de la caja fuerte. Hasta el pretexto era tonto. ¡Que yo la recordara por si a usted se le olvidaba! ¡Y que yo debía conocerla porque era el de más confianza, sabiendo de sobra que no lo he sido jamás. Yo gastaba mucho y cuando usted llegó comenzó a escasear el dinero... y ya todo fueron problemas para mí. Por eso saqué dinero de la caja varias veces y lo reponía cuando podía hacerlo. Aunque usted lo sabía, no se lo comunicó a mi padre, sino hasta que ya no pude reponerlo. Entonces no se hizo esperar. ¡Sí, robé! Pero sólo trescientos pesos, porque en esa caja nunca hubo más de mil. Yo ni siquiera sabía que ese dinero era nuestro como tampoco sé por qué conocía usted la combinación.

Dolores: No pensarás que porque yo quería tomar esos mil pesos.

Manolo: Mi madre nos dejó mucho dinero, mucho más.

Dolores: ¿Ven entonces cómo Fernando miente?

Fernando: ¡Usted no sólo sería capaz de coger esos mil pesos, sino también de quitarle la limosna a un desdichado y la comida a un perro!

Angélica: ¡Si todo eso se lo hubiera dicho a mi papá!

Fernando: Yo sentí que me echaba sin remedio. Llevaba los trescientos pesos para devolvérselos, y él los arrojó al suelo y me preguntó que si yo creía que eso era suficiente. (Cabizbajo le ruedan las lágrimas. Luego se contiene.)

Dolores: Todo esto no es más que un complot de ustedes para eliminarme. ¡A ver a quién creen más! ¡Defenderé mis intereses!

Angélica: Sí, en particular sus intereses. Hasta ahora me doy cuenta de todo. No había descubierto antes esa chispa de codicia que brilla en sus ojos y que nunca estará satisfecha. Eso es todo lo que la mueve.

Dolores: ¿Y qué otra cosa les mueve a ustedes?

Manolo: ¿No se da cuenta que para nosotros vale más una verdad, una demostración?

Dolores: No creo que les baste con eso.

Fernando: ¿Por qué se empeña en reflejar sobre nosotros sus propios sentimientos. ¡No somos iguales!

Dolores: (Se vuelve de espaldas a ellos y camina un poco.) Por lo visto son verdades lo que ustedes quieren.

Angélica: Pero no las suyas.

Dolores: (Volviéndose hacia ellos con cierta sonrisa.) ¡Quieren verdades y viven engañados! ¡Engañados piadosamente! Tal vez ustedes duden porque ya conocen la verdad a medias, o porque nunca les han dado una respuesta que les satisfaga.

Angélica: Si es algo que nadie ha sabido respondernos, es usted la menos indicada para hacerlo ahora.

Dolores: ¡Cuando es verdad, qué importa quién la diga!

Fernando: Diga lo que quiera, ya no nos preocupa.

Dolores: Ahora ya no me extraña esa despótica indiferencia con que ustedes me tratan, porque ya sé de quién la heredaron y cómo era esa persona. ¡Conozco su vergon-

zosa existencia!

Manolo: ¡No siga! . . .

Dolores: (Se acerca a ellos desconcertándolos.) No quieren saberlo, ¿verdad? Les ha tocado en carne propia y no aceptarán nada que los lastime. Mas no por eso, ni porque el hecho haya sido ya juzgado por Dios, deja de ser una verdad. ¿Se han preguntado por qué su madre tuvo que irse de esta casa antes de que muriera?

Fernando: ¿Qué es lo que tiene que decir de ella? ¡Acabe de una vez!

Dolores: Y lo voy a decir. Vale la pena que lo sepan.

Angélica: ¡Usted es todavía peor que lo más malo que podemos pensar!

Dolores: Pero no más que la persona a quien me refiero. Yo no tengo por qué quererlos a ustedes, no soy su madre. Me estorbaban y los he eliminado, pero cuando a una mujer le estorban sus propios hijos y prefiere eliminarse a sí misma huyendo cobardemente, no tiene nombre.

Manolo: ¿Qué está diciendo?

Dolores: Por lo menos tú, por ser el más grande, debías de saber quién fue tu madre.

Angélica: (Excitada.) ¡No es cierto!

Dolores: Les dije que no lo aceptarían. ¡Qué desencanto para ustedes! (A Angélica.) Tu madre los dejó porque nunca los quiso, ni jamás quiso a nadie. Se fue con otro, y después con otros, abandonando a tu padre y dejándolos a ustedes para siempre. (Fernando y Manolo quedan inmóviles en un amargo silencio.) ¿Por qué pensaban que eran mejores que los demás? ¿En qué basaban su confianza? ¿En los recuerdos admirables que ella les legó? ¡Bien pudieron sacarlos de un basurero! ¡Por eso me daba risa! ¡Y ahora más, porque veo que ha caído del aire su ídolo, derrumbando todas sus ilusiones!

Fernando: ¡Basta! . . . (Le da una bofetada a Dolores.) No nos importa quien haya sido en realidad, nos basta la idea ejemplar que tenemos de ella. (Queda muy deprimido y Dolores se toma la cara llena de ira.)



ESCENA III

En el mezzanine. Se abre la puerta extrema izquierda y aparece doña Luisa llamando la atención de todos.

Doña Luisa: (Muy afligida.) ¡Angélica! . . .

Angélica: (Conteniendo el llanto.) ¡Tía! . . . ¡Tía! . . . ¡Tía! (Sube la escalera y coge la mano de doña Luisa, que se acerca.) ¡Sólo tú puedes decirnos la verdad!

Dolores: (Cast gritando.) ¡No les dirá nada! ¡Era su hermana!

Angélica: ¿Verdad que nuestra madre no nos abandonó. . ., que no se fue con otro hombre dejando a mi papá? (Estalla en llanto y se desliza hasta quedar en el escalón junto a su tía que le acaricia el pelo.) ¡Dinos lo que haya sido, para nuestra seguridad, para nuestro convencimiento!

Doña Luisa: (Su expresión ha cambiado totalmente, ahora se ve poseída de rabia.) ¿Qué clase de hijos son que pueden dudar de su madre sólo porque una mujer indigna lo dice? Indigna, no por su manera de ser nada más, sino por haber tenido la vileza de levantar tal calumnia. (No ha subido mucho la voz, pero ahora, bajándola aún más, seguirá hablando.) Como en muchas de las cosas que ignoramos, también en este caso hay una cruel verdad. Todos los que supusimos lo que pasó, prometimos no decírselo a nadie; por eso es imposible que esa mujer pretenda saberlo. Yo no hubiera querido que ustedes se enteraran.

Fernando: No queremos juzgar, pero tenemos derecho a saber.

Manolo: Habla, tía. Era nuestra madre. Es mejor que no ignoremos lo que pasó.

Doña Luisa: Ya nació en ustedes la duda y ahora necesitan aclararla.

Angélica: No sé si yo debo conocer lo ocurrido, pues los demás no han querido que lo supiese. Pero era mi madre y no por eso voy a dejar de adorar su memoria.

Doña Luisa: Pues si el quebrantar una promesa representa la tranquilidad de seres inocentes, no seré yo quien la respete. (Baja y camina hacia Dolores.)

Dolores: No tiene más remedio.

Doña Luisa: Hace cinco años, mi hermana tuvo que salir de esta casa, pero no como piensa esta mujer. (A Angélica.) Lo hizo con ayuda de tu padre. Mientras ustedes dormían.

Manolo: ¿Y por qué se fue sin avisarnos?

Doña Luisa: Fue a la finca de San Angel. Ahí el clima es mejor, más puro.

Angélica: Mi papá me dijo que la había vendido, y no quería que fuéramos.

Doña Luisa: Porque tu madre estaba enferma y necesitaba reposo.

Fernando: Aun así, nosotros éramos muy chicos, necesitábamos su cariño. Yo tenía doce años, siempre la esperé. El día de su santo estuve toda la noche sentado junto a la puerta con un regalo, porque creía que iba a venir.

Doña Luisa: Padecía un mal incurable; y aunque sufría mucho por ustedes, prefirió quedarse sola para no contagiarlos.

Angélica: ¿Contagiarnos?

Doña Luisa: Ella era débil y con frecuencia estaba enferma. Una noche durante el invierno, hacía un frío intenso y tu perro, Manolo, ladraba mucho. Entonces mi hermana Angeles abrió la puerta y salió al jardín sin ponerse ningún abrigo, para guardar el perro. Cuando volvió venía temblando y con mal semblante. Desde aquel día cayó enferma. La convalecencia fue larga y parecía ya estar aliviada, pero luego, el médico dijo que ya no había remedio y que debía aislarse porque era peligroso para ustedes.

Dolores: (Inquieta.) ¡Tísica!

Doña Luisa: Nunca dejó de quererlos.

Angélica: Si lo hubiera sabido entonces, habría preferido contagiarme y morirme con ella; pero ahora me doy cuenta de lo que vale su sacrificio. . . (Un ambiente de tristeza domina la escena. Manolo se ha acercado a la puerta del fondo y la abre de golpe.)

Fernando: ¡Manolo! . . . (Lo toma de un brazo.)

Manolo: ¡Déjame. . . ¡Déjame salir!

Dolores: (Abriéndose muy preocupada.) ¡Cierren esa puerta! (Va y la cierra.) Ya es bastante tarde.

Angélica: No nos iremos todavía.

Fernando: ¡Vamos a luchar por lo que nos pertenece!

Dolores: ¿Contra quién van a luchar?

Manolo: ¡Contra usted!

Dolores: Imposible, yo salgo mañana para España.

Fernando: No me haga creer que va a dejar esto. . .

Dolores: ¡Claro que no! He rematado la casa y el negocio. Manuel estuvo de acuerdo conmigo y nos embarcaremos cuanto antes.

Angélica: Mi padre no puede viajar, su corazón no resistirá. Subiré a decirle todo.

Doña Luisa: ¡Espera! . . .

Dolores: Nadie podrá impedirme que me regrese a mi patria, a mi casa, con los míos.

Manolo: ¡Por eso arregló que nos echaran del departamento! ¡Se pensaba ir!

Fernando: No puede despojarnos de lo nuestro e irse tan tranquila.

Angélica: Despertaremos a mi papá ahora mismo y la que va a quedar en la calle es usted.

Dolores: No cambiarán mis planes.

Doña Luisa: ¡Usted no irá a ninguna parte!

Dolores: ¿Va a impedírmelo? ¡Ande, despierten a su padre!

Doña Luisa: Ya no pueden despertarlo.

Manolo: ¿Por qué?

Doña Luisa: ¡Su padre está muerto! (Pausa.) Hace un instante cuando salí, dejó de vivir.

Angélica: (Inmediatamente corre hasta la recámara, abre poco a poco, avanza en la habitación gritando con voz apagada.) ¡Papá! . . .

Dolores: ¡Ahora no! ¡No puede morir ahora!

Fernando: (Cabizbajo, da la espalda y se cubre el rostro con las manos.) Y nosotros hemos estado todo el tiempo peleándonos por su dinero.

Manolo: ¡Yo vine a verlo! ¡Y en cambio! . . . (Comienza a subir lentamente.)

Dolores: (Intenta subir también, pero se detiene al mirar a doña Luisa.) ¿Por qué no lo dijo antes?

Doña Luisa: Porque entonces fue necesario aclarar las dudas que usted creó con su mala fe.

Dolores: Yo. . . (En silencio camina a sentarse frente a la chimenea. El fuego alumbra su cara.) ¿No me va a decir nada?

Doña Luisa: Es usted quien tiene que reprocharse, no los demás.

Dolores: ¿Entonces, cree que haya algo que tenga que reprocharme?

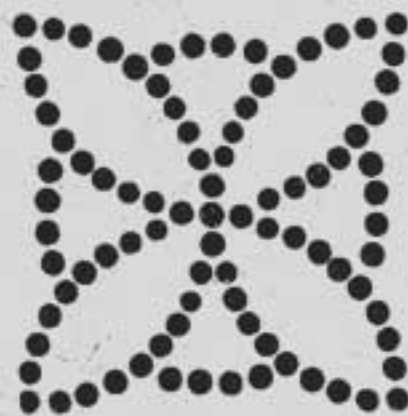
Doña Luisa: ¡Eso es lo que debe saber usted misma! (La luz disminuye. Doña Luisa empieza a volverse a salir.)

Dolores: ¿Se va también? No quiero quedarme sola.

Doña Luisa: Lo siento, pero es lo que ha querido siempre.

Dolores: Se pueden remediar las cosas.

Doña Luisa: No, usted ha sido una especie de planta parásita, como las lianas que crean a la sombra de los árboles y se enredan a éstos hasta secarlos. No se dan cuenta que entonces ellas mueren también, quedando convertidas en nido de reptiles. (Se apaga la luz y sólo se ve la de la chimenea, la de las puertas de abajo y de la recámara.)



ESCENA IV

En el mezzanine se ven las sombras de Angélica y de Manolo que salen de la recámara y cierran la puerta. Bajan por la escalera. Salen junto con Luisa por el jardín donde se encuentra Fernando. Todos ellos se van cabizbajos y sus sombras se pierden en el jardín. Ahora la única luz que ha quedado es la del fuego de la chimenea que ilumina a Dolores, mientras permanece inmóvil como si estuviera petrificada.

Dolores: ¡Como las lianas! . . .

TELON

FIN DE LA OBRA



CURRICULUM

Ignacio Cristóbal Merino Lanzilotti nace en 1942 en la ciudad de México. Escribe sus primeras obras a partir de 1955, inicia su trabajo como Director de Teatro en 1959: *Qué esperas para salirte vecina* y *Luchy millones*, al mismo tiempo escribe para la televisión. En 1961 publica *Relatos*, y en la clase de Iniciación a las Investigaciones Literarias, bajo la orientación de la doctora Ma. del Carmen Millán es leído su melodrama *Como las lianas*.

En 1966 dirige su primera película basada en el *Lobo estepario* de Hermann Hesse. En 1972 inicia los Talleres de Crítica Teatral, Cine y Televisión de la Facultad de Filosofía y Letras.

Hasta la fecha ha escrito veinticinco obras dramáticas de diversos géneros, ha dirigido quince puestas en escena a título de ensayo y ha realizado cuatro películas experimentales. Al mismo tiempo ha publicado tres libros y posee dos premios literarios.

